

se hacen por ventura esos grandes sacrificios? ¿se da con todo el corazón lo que se tiene? ¿se deja sin dolor lo que se posee? ¿no se suspira jamás por lo que se dejó en el Egipto del mundo? Esa codicia, ese espíritu de adquirir, esa ansia por ganar, ese dolor cuando suceden pérdidas y contratiempos, ese dilatar tanto la restitucion á pesar de tantos remordimientos, esos salarios tan disputados, esa dificultad en dar limosna, ¿todo esto es prueba de un grande desasimiento? ¿es testimonio de que nuestro corazón está pronto á los grandes sacrificios? ¡Ah! que está muy asido á los bienes temporales, que cada dia se multiplican los lazos, ¡y despues nos quejarémos de que no recibimos el cien doblado!

¿Cuándo podré, Dios mio, decir con vuestro Apóstol: *Señor, ves aquí que todo lo he dejado por vos?* ¿cuando me aprovecharé del grande ejemplo que me da S. Guillelmo abad de este perfecto desasimiento? ¿esperaré, por ventura, á que la muerte me lo quite para decir que lo he dejado, y que os sigo? No, divino Salvador mio, que entonces seria muy inútil el dolor y el arrepentimiento. No quiero ya tener pegado mi corazón á cosa criada. Todo lo dejo por seguiros, y no esperaré á que la muerte venga á romper estos lazos.

JACULATORIAS. — ¿Qué puedo yo, Dios mio, desear en el cielo, ni en la tierra fuera de vos? (*Psalm. 72.*)

¿A qué parte, ni á qué cosa me inclinaré yo, Señor, si solo vos teneis palabra de vida eterna? (*Joan. 6.*)

PROPOSITOS.

1 Jesucristo dió por tí hasta su misma vida; ¿qué has dado tú por Jesucristo! ¡Cosa estraña! Nada tenemos que no hayamos recibido de Dios; bienes, honra, entendimiento, salud, vida: todas las criaturas nos predicán sus dones; solo de su liberalidad esperamos todo aquello que apetecemos; ¿y con todo eso cuánto negamos á Dios? ¿obedecemos su voluntad, y observamos con puntualidad y con respeto sus santos mandamientos? ¿son muy exactas en la observancia de sus reglas todas las almas religiosas? Bastante materia es esta para confundirnos y para sobresaltarnos. Bien notoria nos es la voluntad de Dios por la Iglesia, por los superiores, por los directores y por nuestras reglas. Considera si la cumples con fidelidad, y si en nada te opones á ella. Mucho tiempo ha que deseas hacer á Dios el sacrificio de esa mortificacion y de ese re-

sentimiento; ¿cuando has de reducir á práctica esos deseos? No se pase este dia sin que pongas en ejecucion lo que tanto tiempo ha estás prometiendo inútilmente.

2 Pocos dias hay, y dentro de los dias pocas horas en que no se ofrezca ocasion de hacer á Dios algun sacrificio; una palabrita, una vista curiosa, un levisimo acto de mortificacion puede ser muchas veces de gran mérito. No te se pase dia sin hacer á Dios alguno de estos cortos sacrificios; determina en la oracion de la mañana cual ha de ser el de aquel dia. Unas veces tal bocado, otras tal plato, otras tal vestido, tal gala, tal adorno, algunas tal visita, tal diversion, tal gusto. Tambien podrás sacrificarle la resolucion de hacer una visita de atencion, ó de cariño, á tal, ó tal persona que te ha desobligado, y á quien ya miras con frialdad, y con resentimiento. Estas son aquellas industrias espirituales con que se fabrican los santos. Ya en otra parte se dijo lo mucho que agrada á Dios la piadosa práctica de algunos, que el primer dia del año sacan por suerte la fruta de que se han de abstener en todo el por su divino amor. Verdaderamente que el amor de Dios es ingenioso.

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES JUAN Y PABLO, hermanos, en Roma en el monte Celio: Juan era mayordomo, y Pablo primer secretario de Constancia virgen, hija del emperador Constantino; los cuales en tiempo de Juliano apostata fueron degollados y coronados con el martirio. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN VIGILIO, obispo, en Trento; el cual esforzándose á estirpar de raíz la idolatría, fué apedreado por la barbarie y ferocidad de aquellos habitantes (esto es, por una turba de idolatras á quienes ofendia con sus discursos y sermones), y consumó el martirio en defensa del nombre de Cristo.

EL TRIUNFO DE SAN PELAYO, jóven, en Córdoba en España; el cual confesando la fe católica, por orden de Abderramen rey de los sarracenos, fué despedazado miembro por miembro con unas tenazas de hierro, consumando así gloriosamente su martirio. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL SUPLICIO DE LOS SANTOS SALVIO, obispo de Angulema, y SUPERIO, mártires, en Valenciennes. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LA CONMEMORACION DE SAN ANTELMO, obispo de Belley.

SAN MAJENCIO, presbítero y confesor, en una aldea de Poitou, esclarecido en milagros. (Este Santo nació en Agda, y fué bautizado con el nombre de Adjutorio, que cambió con el de Majencio, cuando huyen-

do del mundo se puso bajo la direccion de un santo abad llamado Agapito. Llenos de pasmo quedaron sus hermanos religiosos al ver á un jóven tan mortificado, tan lleno de caridad y tan ilustrado en el camino de la salvacion; por lo que unánimemente le eligieron por su superior. A la sazón Clodoveo, rey de Francia, estaba en guerra con Alarico, rey de los visogodos que reinaban en España, Langüedoc y Aquitania: y un ejército de estos bárbaros fué contenido con solo la presencia del Santo, y dejaron de saquear el monasterio; y un soldado que intentó herirle ó matarle, fué acometido repentinamente de una inmovilidad ó torpeza de que no se vió libre hasta que el Santo mismo le curó de ella: en fin la naturaleza en muchas ocasiones obedeció su voz, dice S. Gregorio de Tours. Murió por los años de 515.)

SAN DAVID, ermitaño, en Tesalónica.

SANTA PERSEVERANDA, virgen, en el mismo dia.

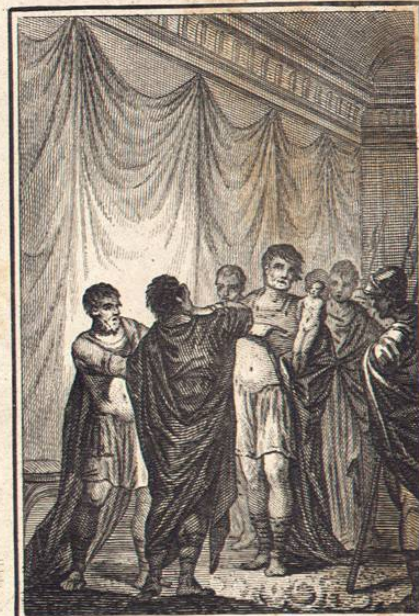
SAN JUAN Y SAN PABLO, HERMANOS, MÁRTIRES.

Estos dos ilustres mártires tan célebres en la universal Iglesia fueron italianos de nacion, y á lo que se cree, de muy noble nacimiento; pero se hicieron respetar mucho mas por su mérito personal y por aquel inviolable amor á la religion cristiana, de cuya pública profesion hacian el mas generoso alarde.

La princesa Constancia, hija del emperador Constantino el Grande, sanó repentinamente de cierta molesta enfermedad por la intercesion de Sta. Inés, y agradecida á este beneficio del cielo, determinó renunciar las vanidades del mundo, haciendo voto de castidad, por lo que suplicó al emperador su padre tuviese á bien que sin dejar la corte hiciese una vida retirada, ejemplar y recogida. Sorprendió gustosamente al piadoso emperador la generosa resolucion de la princesa, y él mismo quiso disponer la casa echando mano de aquellos criados y oficiales, cuya virtud y talentos juzgó habian de congeniar mas con la cristiana inclinacion de su hija, nombrando á Pablo por su primer caballero, y á Juan por su mayordomo mayor.

Muy en breve se hizo distinguir y se comenzó á celebrar en toda la corte su prudencia, su despejo, su cultura, su urbanidad, y sobre todo su virtud, siendo el asunto mas frecuente de las conversaciones de palacio. Especialmente la princesa, que los trataba mas de cerca, y conoia mejor que todos la sólida piedad de aquellos dos señores, no se hartaba de alabarlos; pero los hizo mucho mas célebres un suceso sin duda muy singular.

Los escitas, nacion bárbara y cruel, entraron en la Tracia con un formidable ejército, llenándolo todo de terror, hasta las mis-



S. JUAN Y S. PABLO,
HERMANOS MRTS.



mas puertas de Constantinopla, que actualmente estaba edificando Constantino, y todavía no se hallaba en estado de defensa. Levantó prontamente el emperador todas las tropas que pudo para oponerlas á aquel torrente; y sabiendo que el mejor general de sus ejércitos era Galicano, como lo habia experimentado en la guerra contra los persas que acababa de terminar gloriosamente, le nombró general del ejército que mandó marchar contra los escitas.

Aunque Galicano estaba todavía sepultado en las tinieblas de la gentilidad, con todo eso era un señor muy estimado en la corte por su valor y por las victorias que habia conseguido contra los enemigos del imperio. Ya habia sido cónsul, y aspiraba por sus méritos á los primeros empleos; por lo que no quiso admitir el mando de aquella espedicion, sino con las dos precisas condiciones de que si volvía victorioso se le habia de hacer cónsul segunda vez, y el emperador le habia de dar por esposa á la princesa Constancia.

En la primera no habia dificultad; pero en la segunda se halló muy embarazado el emperador, como quien no ignoraba la resolución de la princesa, y no pudo disimular su inquietud. Informada Constancia del embarazo en que se hallaba el emperador su padre, pasó á su cuarto, y conociendo la falta que le hacia aquel oficial, llena de confianza en Dios, y muy asegurada de que el mismo Señor tomara de su cargo la custodia de su virginidad, dió su consentimiento para que la prometiese á Galicano por esposa; pero con la condicion de que el general llevase en su compañía á sus dos gentiles-hombres Juan y Pablo, dejando en la de la misma princesa á sus dos hijas Atica y Artemia, que habia tenido en el primer matrimonio. Aceptóse prontamente la condicion, y aquellas dos damas pasaron luego al servicio de Constancia, marchando Juan y Pablo al ejército en compañía de Galicano. Dió éste la batalla á los escitas, y fué casi del todo derrotado, quedando hecha pedazos una gran parte del ejército, de manera que ya solo pensaba en retirarse, cuando los dos hermanos Juan y Pablo le aconsejaron hiciese voto de abrazar la religion cristiana si Dios le concedia la victoria. Hizole, y de repente ocupó tal terror el corazon de los bárbaros, que bajando las armas y abatiendo las banderas se le rindieron á discrecion, cuando ya parecia tener en las manos una victoria completa.

Pero mas gloriosa la acababa de conseguir la princesa, triunfando en fin de la obstinacion con que Atica y Artemia se habian atrincherado hasta entonces en el paganismo; pues abriendo fi-

nalmente los ojos á los rayos de la divina gracia , y movidas no menos de los ejemplos que de las exhortaciones de su ama, abrazaron ambas nuestra santa religion.

Mientras en la corte del emperador se celebraba el triunfo de la fe en la insigne conversion de aquellas dos señoras , llegó la noticia de la completa victoria que Galicano habia conseguido de los escitas ; mas ninguna otra circunstancia la hizo tan plausible como la milagrosa conversion del general , que despues de haber obligado á los bárbaros á abandonar todo el bagaje , á retirarse á su país y á pagar anualmente un tributo al emperador , volvió á la corte , no ya con el pensamiento de recibir la toga consular , ni de desposarse con la princesa Constancia , sino con la resolucion de abrazar la religion cristiana , y retirarse del mundo para dedicarse á Dios enteramente. No obstante , reconocido el emperador á sus grandes servicios , le creó cónsul , y le decretó los honores del triunfo. Concluído su consulado , en el cual dió libertad á cinco mil esclavos suyos , se retiró á Ostia con S. Hilario , fijando allí su habitacion , y fundando un gran hospital , cuya direccion tomó él mismo á su cargo , sirviendo por su persona á los pobres con tanta caridad , que su nombre se hizo famoso en toda la universal Iglesia. El emperador Juliano Apóstata , que sucedió al hijo de Constantino el año de 361 , noticioso del retiro de Galicano , y del zelo con que socorria á los cristianos , le envió orden para que sacrificase á los ídolos , ó saliese al punto de Italia. Retiróse á Alejandria , donde continuó sus oficios de caridad atendiendo á los fieles y atendiendo á sus necesidades por todos los medios posibles , hasta que mereció la corona del martirio en el día 25 de junio en que la Iglesia celebra su memoria.

Mientras tanto restituidos ya Juan y Pablo á la corte para servir sus empleos en el cuarto de la princesa Constancia , proseguian con mayor fervor que nunca en el ejercicio de sus devociones y obras de misericordia , distinguiéndose cada dia mas por sus crecidas limosnas y por su insigne caridad. Del favor que lograban con la princesa y con el emperador solo se valian para el consuelo de los infelices ; recurriendo todos á ellos como á protectores de huérfanos , padres de pobres y amparo de desvalidos.

Muerto Constantino el Grande se mantuvieron en la corte Juan y Pablo con el mismo valimiento y estimacion de sus hijos , que habian logrado durante la vida de su padre , conservándoseles en sus empleos aun despues que murió tambien la princesa. Pero luego que subió al trono Juliano Apóstata , y se declaró enemigo de Jesucristo con resolucion de esterminar la religion cristiana , nuestros Santos hicieron dimision de sus cargos ; renunciaron el

elevado lugar que ocupaban en el estado , y retirándose de la corte , como personas particulares , se dedicaron enteramente al ejercicio de buenas obras.

Disimuló por algun tiempo Juliano , conteniéndole la calidad y el mérito de los dos santos hermanos ; pero noticioso del mucho bien que hacian á los cristianos , y de la singular veneracion que se merecian , tanto de los grandes como del menudo pueblo , resolvió pervertirlos ó perderlos. Con este intento dió orden á Terenciano , capitan de una compañía de sus guardias , para que pasase á verse con ellos , y les dijese de su parte , que siendo su ánimo honrar á los oficiales antiguos de Constantino y de los hijos de este príncipe , sus predecesores , deseaba viniesen á la corte y ejerciesen las funciones de sus empleos. Respondieron los dos Santos que estaban sumamente reconocidos al honor con que la bondad del emperador se dignaba distinguirlos ; pero que siendo cristianos los dos , no se podian resolver á servir en el palacio de un emperador que tan altamente se habia declarado contra la religion que profesaban.

Dió cuenta Terenciano al emperador de esta respuesta ; mostró irritarse mucho con ella , y en tono colérico y arrebatado protestó que solamente les concedia diez dias de término para que tomasen su partido , y que si pasados estos no se rendian á su voluntad , él los haria experimentar hasta donde podian llegar los efectos de su indignacion. Informados los Santos de las amenazas del emperador por el oficial que les intimó su resolucion , le respondieron podia asegurar á su majestad , que no habiendo en el mundo respeto alguno capaz de hacerlos titubear en la fe que profesaban , era ociosa tanta dilacion ; que ni diez dias ni diez años los harian apostatar ; que ni reconocian ni adoraban otro Dios que el verdadero , y estaban prontos á dar su sangre por su amor y por su gloria.

No obstante lo mucho que ofendió á Juliano tan generosa respuesta , disimuló , y dejó en paz á los dos hermanos. Aprovecharon aquel tiempo los ilustres confesores de Cristo para prevenirse al martirio ; distribuyeron todos sus bienes á los pobres , y se emplearon dia y noche en ejercicios de devocion y en obras de misericordia. Pasados los diez dias los buscó en una casa Terenciano , y despues de mil protestas de amistad no perdonó á diligencia alguna para persuadirlos que á lo menos en la apariencia condescudiesen con la voluntad del emperador : *No os pide su majestad , les decia , que renunciéis publicamente vuestra religion ; no pretende que concurráis á los templos , y que en ellos rindais adoraciones á los dioses del imperio ; contentase con que*

privadamente tributeis culto al gran Júpiter, cuya imágen os presento; y diciendo esto sacó debajo de la capa un idolillo de aquella mentida deidad. Horrorizados los dos Santos al ver dentro de su casa aquella sacrilega estatua: Hacednos, señor, merced, esclamaron sobresaltados, de apartar de nuestros ojos objeto tan abominable. ¿Es posible que un hombre, no ya de vuestro despejado entendimiento, sino de mediana razon, pueda incurrir en semejantes desaciertos, y que la idea sola que tenemos de Dios no baste á convenceros que no es posible haya mas que uno, y que todo aquel risible monton de soñadas deidades no es mas que una impia estravagancia?

Interrumpiólos Terenciano, y les dijo, que pues persistian en ser cristianos, era preciso se resolviesen á perder la vida. Al oír esta sentencia los dos santos hermanos, se hincaron de rodillas, y levantando los ojos al cielo rindieron mil gracias á Dios por la merced que los hacia.

Temióse una sedicion en Roma por la general estimacion que se merecian los dos Santos, si llegaba á los oídos del pueblo la noticia de su muerte; por lo que se dió orden al oficial que la ejecutase en secreto. Así lo hizo, mandándolos cortar las cabezas á media noche dentro de su misma casa, en cuya huerta hizo abrir una profunda fosa, donde los mandó enterrar, muy satisfecho de que igualmente quedaba sepultada la noticia de su martirio. Pero quedó estrañamente sorprendido cuando supo la mañana siguiente que la publicaban todos los poseidos del demonio, quejándose á gritos de lo mucho que los atormentaba el Dios de los mártires Juan y Pablo; siendo el que mas levantaba la voz un hijo del mismo Terenciano, de quien se apoderó de repente el enemigo. Pero implorando su padre la intercesion de los mismos Santos, quedó el hijo repentinamente libre; con cuyo milagro se convirtió Terenciano y toda su familia. Desde entonces, ésto es, desde el año de 363, fué célebre en toda la Iglesia el culto de los dos Santos, erigiéndose poco tiempo despues una muy magnífica en el sitio de su misma casa, que hasta el día de hoy tiene su nombre, y es título de cardenal, venerándose en ella sus reliquias. Los sacramentarios antiguos de la Iglesia romana, especialmente el del papa Gelasio y el de S. Gregorio el Grande, no solo traen misa particular para el día de su fiesta, sino tambien para el de su vigilia, que antiguamente era de ayuno; lo que acredita la solemnidad con que se celebraba.

SAN PELAYO, MÁRTIR.

EL glorioso mártir S. Pelayo, que consagró la niñez con el sacrificio de su vida á nuestro Señor Jesucristo, fué natural de Galicia. Hasta hoy dura en aquella provincia la persuasion de que era patrimonio de Pelayo el sitio donde estuvo el monasterio de religiosas Benedictinas intitulado *San Payo* en el lugar de *Albeos* distante seis leguas de Tuy: creen tambien aquellos naturales que á dos leguas y media de la misma ciudad, en Ramallosa del valle de Miñor estuvo la casa de nuestro Santo.

Llamóse *Pelagio*, voz muy usada en aquel tiempo, la cual por corrupcion ha degenerado en los nombres de Pelayo y de Payo. Su padre era rico, hermano de Hermoygio obispo de Tuy á principios del siglo x. Fué criado con opulencia, como suelen serlo los hijos de tales padres. La ocasion de su venida á Córdoba, que fué la de su martirio, refiérela un sacerdote de ella llamado Raguel, de quien la copiaron nuestros historiadores.

Ensoberbecido Abderramen III, rey de Córdoba, con el poder y con la estension de su imperio, no contenta su ambicion con poseer todo el precioso terreno de Andalucía, quiso hacerse dueño de las restantes provincias de España habitadas por los cristianos, á quienes profesaba un odio mortal. Con esta idea llamó en el año 920 á los moros del Africa, y entró con un poderoso ejército por Castilla en el reino de Galicia, abrasando las tierras por donde pasaba, en tiempo que D. Ordoño, rey de Leon, lo era tambien de aquella provincia. Supo este principe religioso la determinacion del orgulloso agareno, y auxiliado de D. García, rey de Navarra, de los grandes, y de algunos prelados eclesiásticos de ambos reinos, salió á contener el impetu de los bárbaros, que á manera de una furiosa inundacion arrasaban todos los pueblos y todos los campos por donde transitaban. Trabajóse la batalla de ambos ejércitos segun la opinion de unos cerca de Mondoñedo, y segun la de otros en el valle de la Junquera junto á Salinas de Oro, villa de Navarra; pero prescindiendo de esta controversia, es lo cierto, que siendo incomparable el número de los cristianos con el de los moros, quedó la victoria por éstos, á pesar del valor con que sostuvieron aquéllos uno de los mas reñidos combates que se vieron en aquellas desgraciadas épocas.

Volvieron á Córdoba los bárbaros vencedores cargados de despojos; y entre los muchos cautivos que llevaron fué uno Her-

migio, obispo de Tuy, al que pusieron cargado de prisiones en una oscura mazmorra, tratándole como á un vil esclavo, cuando poco antes habia sido señor de muchos vasallos. Quedábanle en Córdoba algunos amigos, desde que siendo presbítero estuvo en aquella ciudad, y de ella trasladó las reliquias de S. Eulogio. Cansado el ilustre prelado de las miserias y de los trabajos de la prision, trató al cabo de año y medio de su rescate, ofreciendo á los moros las sumas que quisiesen. Para mas fianza de su palabra dejó en rehenes á un sobrino suyo llamado Pelayo, niño de una rara hermosura y de unos extraordinarios talentos; y puesto en prision, no fueron sus ocupaciones las regulares en los niños de su edad, que era la de diez años, sino la de un perfecto anciano, segun el elogio de la santa Escritura, que computa la venerable ancianidad no por las canas, sino es por las laudables costumbres. Tenia destinado el cielo á Pelayo para hacer en él ostentacion del poder de su gracia, y así le iba disponiendo con todos aquellos auxilios especiales que concede á los héroes del cristianismo, para que triunfen gloriosamente de los enemigos de la fe: bajo cuyo supuesto se dejó ver el ilustre niño resignado con la voluntad de Dios, sin quejarse de la dureza de la prision como otros cautivos. Eligió por su maestro á S. Pablo, leyendo sus cartas con una suma atencion; y meditando sobre sus apostólicos trabajos, solo pensaba en imitarle. Guardaba tanta gravedad en todas sus conversaciones, que contenia á los que se desmandaban, y si por casualidad ó de propósito trataban los infieles sobre la religion, los confundia con la verdad de la doctrina revelada; en sustancia, adornado Pelayo con todas las virtudes, tenian en él alivio los compañeros, instruccion los ignorantes, consuelo los afligidos, freno los disolutos, y ejemplo todos que imitar.

No podia el enemigo de la salvacion mirar con indiferencia los progresos que hacia Pelayo en la virtud; quien sostuvo con inalterable paciencia los trabajos y las infelicidades de la prision cerca de tres años y medio, siendo la admiracion de todos los encarcelados, que como testigos de su conducta, lo fueron despues de sus elogios; y valiéndose el infierno de todos los artificios que le dictó su malicia, puso al ilustre niño en las mas terribles pruebas. Pareció al demonio, que el medio mas eficaz seria ponerle en ocasion de manchar su pureza, y habiendo puesto en ejecucion este perverso pensamiento, se sirvió el Señor de él para premiar la virtud de su siervo con la gloria del martirio.

Vió por casualidad un hijo ó paje del rey á Pelayo en la pri-

sion, y admirado de su rara hermosura, fué tanto lo que la ponderó á Abderramen, que mandó traerlo inmediatamente á su presencia. Procuraron los moros presentarle con vestidos esquisitos, para que hiciese mas gracia á su rey; y encendiéndose éste en los mas torpes deseos á la vista de la singular belleza del cautivo, le hizo grandes ofertas, si renegaba de Jesucristo, y abrazaba su ley. No deslumbraron al ilustre niño las ventajosas promesas del bárbaro, antes bien despreciándolas con la generosidad propia de un héroe cristiano, le respondió: *Sabe, que todo cuanto me ofreces tiene un fin perecedero, no así los bienes eternos, que espero conseguir siendo cristiano; bajo cuyo supuesto jamás negaré á mi Señor Jesucristo, á quien adoro y confieso por verdadero Dios.* Pareció á Abderramen que aquellas espresiones nacian de un corazon pueril, y queriendo acariciarlo, le tocó en el rostro con cierto cariñoso juguete; pero revestido Pelayo de un valor superior á su edad, le repelió diciendo: *Aparta, perro, ¿piensas, por ventura, que soy yo alguno de tus afeminados sirvientes?* Y arrojando en seguida los preciosos vestidos que le pusieron los árabes, se preparó al combate en tono de un militar esforzado de Jesucristo. Disimuló el rey aquel desaire, lisonjeándose que con el tiempo reduciria á Pelayo á que condescendiese con sus intenciones: fió la empresa á unos cortesanos lisonjeros, que creyéndose felices si desempeñaban la comision, no omitieron medio alguno de cuantos podian contribuir á pervertir al nobilísimo mancebo. Ponderáronle las conveniencias, los honores y los regalos que podia disfrutar, condescendiendo con la voluntad del soberano; amenazándole, que en caso de resistencia se esponia á ser la victima de su furor; y habiendo insistido en tan fuertes ataques por algun tiempo, cansado ya el ilustre niño de sus porfias, les respondió: que se molestaban en vano, puesto que no temia la ira del rey, que solo podia quitarle la vida corporal, mas no la eterna que era por la que aspiraba únicamente.

Dieron noticia á Abderramen los lisonjeros de la inflexible resistencia de Pelayo, y trocando su amorosa pasion en una rabiosa cólera, mandó que asiéndolo apretadamente con unas tenazas de hierro, lo alzasen del suelo y lo bajasen muchas veces y con gran crueldad, hasta que ó negase á Jesucristo, ó acabase la vida en el tormento. Ejecutaban los verdugos esta sentencia con pechos de tigres. El santo niño con esfuerzo de varon celestial, saliéndole á la cara el gozo del alma, decia: Cristiano soy y siervo de mi Señor Jesucristo; no hay cosa en el mundo que me pueda arrancar de su obediencia y de la confesion de su fe. Sa-

biendo el rey cuan en vano era tentada la constancia del niño, y avergonzado de ella, ciego y poseído de la ira, mandó que lo hiciesen tajadas, y lo echasen al río. Arremetieron contra Pelayo los verdugos, y comenzaron á hacer en su cuerpo la carnicería que aquel lobo mandaba. Despedazábanlo con algazara sin verse en sus caras sombra de piedad: levantaba el niño las manos pidiendo á Dios fortaleza para consumir su sacrificio, derribáronselas luego con el alfanje, segáronle otros los brazos ya troncos, otros los pies, otros le cortaron por fin la cabeza, y así hecho pedazos lo echaron en el río Guadalquivir. Duró este glorioso combate desde las once y media de la mañana hasta las dos de la tarde del día 26 de junio de 925, que fué domingo aquel año. Y fué este martirio en el sitio donde hoy está el convento de los Mártires, á la orilla del río. Pudieron los cristianos recoger sus reliquias: la cabeza la sepultaron en la iglesia de S. Ginés, que estaba á la parte de abajo de la ciudad, en el barrio de los Tercios; los demás miembros en el de S. Cipriano. Fué este triunfo de S. Pelayo muy glorioso para la Iglesia, y presto se extendió su fama por todas partes, tanto, que celebró en verso heroico Roswita, monja que florecia en Sajonia por los años de 980. Consérvase un ejemplar antiquísimo de estas actas en S. Lorenzo el Real y trájolo Ambrosio Morales por mandato de Felipe II, del monasterio de S. Pedro de Cerdeña. Otras dos copias de ellas tienen las iglesias de Toledo y de Tuy.

Por los años 959 sucedió Sancho I llamado el Gordo á su hermano Ordoño III en el reino de Leon, é imposibilitado á continuar la guerra contra los moros, se vió en la precision de hacer paces con el de Córdoba, con cuyo permiso pasó á aquella ciudad, á que le curasen de la hidropesía los famosos médicos árabes. Supo en este tiempo el glorioso martirio de S. Pelayo, que habia sucedido treinta y cuatro años antes, y concibió gran deseo de llevarse á Leon estas santas reliquias, cuando se viese restituído á su reino. Luego que lo fué sin contradiccion el año 960, desde luego comenzó á edificar un monasterio de la orden de S. Benito, bajo la invocacion de S. Pelayo, para colocar en su iglesia el sagrado cuerpo; y envió á Córdoba á D. Velasco, obispo de Leon, y á otros caballeros de su corte con embajada particular, á pedir al Moro el sagrado cuerpo, asegurado por la amistad de ambos que no se lo negaria. Ayudaban mucho al intento del rey D.^a Teresa su mujer, y su hermana monja la infanta D.^a Elvira.

El año siguiente 961 murió Abderramen. Sucedióle su hijo Alhacan ó Haliatan, con quien D. Sancho renovó la paz que

con su padre tenia hecha, alcanzando de él por medio de sus embajadores enviase las reliquias de S. Pelayo. Llevólas á Leon el obispo Velasco ya cuando D. Sancho habia muerto, el año 967, que fué el primero del reinado de Ramiro III su hijo. Fueron recibidas con gran pompa de obispos, prelados y grandes del reino y con devocion y alegría de todo el pueblo, y colocadas en una arca de plata en el templo que habia edificado D. Sancho.

Allí permanecieron las santas reliquias hasta que enflaquecido el poder de los cristianos, primero por falta del rey, despues por las desavenencias de los condes, creció el de los moros. Tanto que en la segunda entrada que hizo Alamanzor talando las tierras de Castilla, como los leoneses y asturianos temiesen el saco y la profanacion de las cosas sagradas, pusieron en salvo las escrituras de los archivos y los tesoros de las iglesias y las reliquias, entre las cuales se cuentan las de S. Pelayo, que fueron llevadas á Oviedo, y colocadas en el convento de religiosas de S. Juan Bautista, cuya prelada era la reina D.^a Teresa, viuda de D. Sancho, la cual desde Leon se retiró á Oviedo, y hacia vida religiosa, conforme á lo establecido para las reinas viudas. En este monasterio estaban ya las reliquias de S. Pelayo el año 996, como consta de un privilegio de D. Bermudo II que cita Morales como espedido en aquel año.

Finalmente, el año 1053 el rey D. Fernando I hallándose pacífico en el reino pasó á Oviedo con D.^a Sancha su mujer y algunos obispos, é hizo trasladar el cuerpo de S. Pelayo al altar mayor de la misma iglesia; mejoróle tambien el arca de plata en que ahora se guarda. Hay gran devocion á S. Pelayo en Asturias, en Galicia y Castilla, y tienen dedicadas á su nombre muchas iglesias. La santa iglesia de Oviedo celebra su martirio el día 26 de junio, la de Córdoba el día 21. En Salamanca tambien le hacen fiesta, y hay en esta ciudad una parroquia dedicada á nuestro Santo.

SAN SALVIO, OBISPO Y MÁRTIR.

EL bienaventurado S. Salvio fué francés de nacion, natural de la provincia de Albornia. Ocupóse tanto en las letras y dióse de tal suerte á la virtud, que vacando el obispado Engolismense lo eligieron por su prelado. Teniendo la dignidad de pontífice hizo vida santísima y de grande ejemplo. Quiso la bondad de Dios mostrarla con grandes y asombrosos milagros, porque daba la vista á los ciegos, á los sordos oído, á los cojos curaba de su enfermedad, y así remediaba á todos. Sobre todo era en grado